



Aviso Legal

Capítulo de libro

Título de la obra: Ni wiski ni cerveza, mate. Claudio Sánchez-Albornoz o la reconfiguración de una identidad hispana en el exilio argentino

Autor: Ríos Saloma, Martín Federico

Forma sugerida de citar: Ríos, M. F. (2021). Ni wiski ni cerveza, mate. Claudio Sánchez-Albornoz o la reconfiguración de una identidad hispana en el exilio argentino. En A. E. Santana y G. Acevedo (Eds.), *Rutas y experiencias: 80 años del exilio republicano español* (61-72). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.

Publicado en el libro:

Rutas y experiencias : 80 años del exilio republicano español

Diseño de portada: Mtra. Marie-Nicole Brutus H.

Diseño de interiores: D.G. Irma Martínez Hidalgo

ISBN: 978-607-30-4984-9

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

3. *NI WISKI NI CERVEZA, MATE.*
CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ
O LA RECONFIGURACIÓN DE UNA IDENTIDAD
HISPANA EN EL EXILIO ARGENTINO

Martín F. Ríos Saloma

LOS CAMINOS DEL EXILIO¹

La figura, obra y postulados interpretativos del historiador madrileño Claudio Sánchez Albornoz (1893-1984) ha sido objeto de numerosos trabajos recogidos en homenajes, evocaciones, aniversarios, balances historiográficos o artículos científicos elaborados entre las décadas de 1970 y de 2010.² A más de tres décadas del fallecimiento del insigne medievalista, me parece oportuno realizar un estudio sistemático —una auténtica biografía intelectual— de la producción de un hombre que, formado en los marcos de la historia nacional y del positivismo imperantes a principios del siglo XX, supo dar un impulso particular a la disciplina histórica en España —y particularmente al medievalismo— con la finalidad de situarla a la altura de la que se realizaba en las décadas de 1920 y 1930 en Europa.³

La vertiente intelectual y académica de Sánchez Albornoz, sin embargo, no puede desligarse de su faceta política y del hecho de que su pertenencia al partido Acción Republicana y al gobierno de la República fueron factores determinantes en su éxodo de España y

¹ El presente texto forma parte del proyecto “Claudio Sánchez-Albornoz (1893-1984): una biografía intelectual”, investigación apoyada por el programa PASPA/DGAPA-UNAM y por el programa de Becas Sabáticas de Investigación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del Gobierno de México.

² He dado cuenta cumplida de todos los trabajos antiguos y recientes que han abordado algún aspecto de la obra de Claudio Sánchez Albornoz en el artículo Martín Ríos Saloma, “De Europa a América: Claudio Sánchez Albornoz y la fundación de los *Cuadernos de Historia de España*”, en *Medievalismo*, núm. 28, Madrid, Sociedad Española de Estudios Medievales, 2018, pp. 235-270 y a él remito al lector interesado para evitar saturar este breve escrito de numerosas referencias.

³ Martín Ríos Saloma, “Claudio Sánchez Albornoz y México: la historia que no fue”, en *Encuentros*, núm. 28, México, Coordinación de Humanidades-UNAM, abril de 2019, pp. 11-13.

la búsqueda de refugio sucesivamente en Francia y Argentina.⁴ En otro sitio he reconstruido con detenimiento los avatares y las circunstancias que llevaron a don Claudio a rechazar la invitación que el gobierno mexicano le hizo para que se asentase con su familia en nuestro país y cómo ello se tradujo, a la postre, en la necesidad de huir de la Francia ocupada el 30 de junio de 1940 y aceptar finalmente la invitación de la Institución Cultural Española argentina.⁵ Baste señalar, en consecuencia, que Sánchez Albornoz desembarcó en el Puerto Nuevo de Buenos Aires el 3 de diciembre de 1940 y diez días después, tras instalarse en el céntrico Hotel Plaza, se halló en el rectorado de la recientemente creada Universidad Nacional de Cuyo, en Mendoza, donde recibió el reproche del rector Edmundo Correas por llegar tarde a ocuparse de sus cursos, pues las vacaciones estivales estaban por comenzar. El Rector mendocino consideró que don Claudio debía darse a conocer entre la sociedad local, de tal suerte que invitó al antiguo rector y embajador español a que escribiera una columna para el diario mendocino *Los Andes*, el más importante de la ciudad.

Animado por la completa soledad en la que se hallaba —sus padres e hijos habían quedado en Europa y su primera mujer, Concepción Aboín, había muerto en 1932—,⁶ por la necesidad de obtener un ingreso extra con el cual complementar la beca de la Fundación Rockefeller,⁷ por el imperativo del Rector y por una genuina vocación de ensayista que se había desarrollado desde muy joven en diarios españoles, don Claudio publicó el 1° de enero de 1941 el primero de sus textos intitulado “Carlomagno y Roosevelt”; cinco meses después, el 12 de mayo de 1941, publicaría el que sería su primer artículo para

⁴ Sonsoles Cabeza de Sánchez Albornoz, *Semblanza histórico política de Claudio Sánchez-Albornoz*, León, Fundación Universitaria Española/Diputación Provincial de León, 1992, 326 pp.

⁵ Ríos Saloma, “De Europa a América...”, pp. 244-251.

⁶ En la dedicatoria del libro *De Carlomagno a Roosevelt* en el que compiló los artículos aparecidos en los diarios argentinos pueden leerse las siguientes amargas palabras: “A mis hijos. Vuestra ausencia, desde que en el puerto de Lisboa me dijisteis adiós entre sollozos, me ha inundado el alma de agria melancolía y de aguda tristeza; la torturante preocupación por vuestra suerte en el mundo que alborea me ha inquietado, con violencia, a todas horas. He ido vertiendo a raudales esa tristeza, esa melancolía y esa inquietud en estas páginas. Puesto que unas se engendraron en el dolor de vuestra lejanía y en el anhelo de vuestra presencia, y puesto que dictó otras la angustia por vuestro porvenir, justo es que os la dedique hoy al agruparlas. Vaya con ellas un férvido mensaje de amor”. Claudio Sánchez Albornoz, *De Carlomagno a Roosevelt*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1943, Folio sin numerar.

⁷ Claudio Sánchez-Albornoz, *Ensayos sobre historia de España*, Madrid, Siglo XXI, 1973, p. 10.

La Prensa, periódico de Buenos Aires de circulación nacional que era considerado como uno de las más influyentes de la época: “De Don Rodrigo a Lebrun”.

Terminado el parón estival, Sánchez Albornoz inició sus actividades académicas en la Universidad Nacional de Cuyo, las cuales conjugó con la puesta al día de sus *En torno a los orígenes del feudalismo* y la escritura de nuevos textos periodísticos. Un testimonio recogido en la década de 1960 evoca de esta forma la figura del madrileño:

El arribo a Mendoza de [Sánchez-Albornoz] despertó enorme interés, porque se trataba de un estudioso cuya especialidad no se cultivaba en el país, por lo menos a nivel de la investigación histórica. Sus clases y conferencias atraían nutrido público de estudiantes y personas vinculadas al medio cultural de la ciudad. [...] En lo personal el Dr. Sánchez Albornoz vivía por entonces los años de su plenitud vital. En aquella Mendoza de 1940, de calles dormidas, se lo veía moverse con cierta bonhomía. Daba la impresión de un hombre fuera de ambiente y con demasiada carga cultural para una novel universidad. Entraba en el amplio patio de la Facultad de Filosofía y Letras con el señorío de quien está habituado a los escenarios de claustros y cancillerías europeas. Caminaba sin prisa, aunque con soltura, y en los días de invierno llevaba una capa española que movía con una sabiduría elegante. Su cabello escaso y oscuro, que con discreción plegaba sobre una calvicie avanzada, enmarcaba un rostro español de tez blanca, ojos morunos, que él solía asociar con su apellido Albornoz, y cejas negras y espesas. Unos bigotes, también negros, centraban el semblante. Su rostro decía mucho, porque brillaba en él la inteligencia misma. Vestía unos trajes oscuros, negros o azules.⁸

El periodo que vivió Sánchez Albornoz en Mendoza, el cual se extiende entre el 13 de diciembre de 1940 y el 15 de junio de 1942 es una de las épocas menos estudiadas de la trayectoria vital y académica de Sánchez Albornoz, pero me parece que resulta fundamental para entender la manera no sólo en la que vivió los primeros años del exilio, sino la manera en que pudo adaptarse a su nuevo país de acogida y a su nueva condición profesional y humana. En este sentido, cabe plantearse las siguientes interrogantes: ¿Cómo reconfiguró Claudio Sánchez Albornoz su identidad en tierras argentinas (men-

⁸ Universidad Nacional de Cuyo, *Memoria histórica de la Facultad de Filosofía y Letras (1939-1964)*, Mendoza, FFyL-UNCUYO, 1965, p. 444.

docinas)? ¿Qué elementos recuerda o subraya de su vida anterior? ¿Qué elementos comunes o propios reconoció Sánchez Albornoz en América? ¿Cómo América reconfiguró su visión de Europa y de España? ¿En qué medida el cultivo de la historia se convirtió en un vehículo de comprensión de las nuevas realidades y de significación de la experiencia vital? ¿Qué papel tuvo la memoria en este proceso de resignificación y construcción de sentido?

Para responder estas preguntas emplearemos como fuente fundamental los artículos aparecidos en los diarios *Los Andes* y *La Prensa* entre el 1° de enero de 1941 y el 7 de junio de 1942, fecha en la que fue publicado el último texto antes de su instalación definitiva en Buenos Aires. Se trata de 28 textos, la mayoría de los cuales fueron recopilados posteriormente en el volumen *De Carlomagno a Roosevelt*, editado en 1943 en Buenos Aires y que nos servirá de referencia para nuestro trabajo.⁹ Este libro sería el primero de los numerosos volúmenes misceláneos que publicó a lo largo de su vida tanto en España, como en América y a los que el propio autor calificaba de “bastardos” para diferenciarlos de su producción científica y erudita. A lo largo de sus páginas el antiguo académico de la Historia repasa temas de política internacional, evoca sus recuerdos de juventud y realiza ensayos históricos y diversas reflexiones políticas vinculadas con los sucesos de España. Por la relevancia científica y política de su autor, por las temáticas en ellos tratados y por el impacto que tenían entre el gran público, sin duda mucho mayor que el de sus estudios eruditos, estos materiales se convierten en fuente de primer orden para analizar la forma en que Sánchez Albornoz encaró el dolor del exilio y se fue adaptando a su nueva realidad americana.

REDEFINIR UNA IDENTIDAD A TRAVÉS DE LA ESCRITURA

A lo largo del año y medio de su exilio mendocino Claudio Sánchez Albornoz abordó distintos aspectos. Una rápida clasificación permite agrupar los textos en cuatro grandes conjuntos: *a)* aquellos en los que analizó el vínculo entre el pasado y el presente (6 artículos); *b)* aquellos dedicados exclusivamente a la actualidad política de su tiempo (5 artículos); *c)* los ensayos de naturaleza histórica (5 artículos) y los

⁹ Sánchez Albornoz, *De Carlomagno a Rossevelt...*

consagrados a sus recuerdos de infancia, juventud y vida académica en Madrid (7 artículos). Ante la imposibilidad de analizarlos todos en este breve espacio, recupero aquellos que me parecen más significativos de cada uno de los conjuntos.

Llama la atención que el problema que atrae la atención del madrileño en primer lugar no sea la Guerra Civil española –terminada dos años antes– ni el hecho mismo del destierro, sino la actualidad mundial, signada por el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y, en última instancia, causa directa de su refugio en América. En el artículo “Roosevelt y Carlomagno”, el antiguo Rector de la Universidad Central realizó un comparativo entre el emperador medieval y el presidente norteamericano quienes, a pesar de los siglos que los separaban, estaban unidos por su lucha contra el bárbaro teutón. Esa admiración por Roosevelt, que se reflejaría en otros textos, iba acompañada de la incertidumbre de saber quién ganaría la contienda y cómo se transformaría el mundo al final de ésta. Ferviente anticomunista y declarado católico, para nuestro historiador el mundo se debatía entre dos totalitarismos –el que representaba la Alemania nazi y el que representaba la URSS– y por lo tanto Estados Unidos, con su presidente a la cabeza, eran quienes encarnaban, como otrora Carlomagno, la defensa de las libertades, de la propiedad y de la fe.¹⁰

Dentro de las múltiples reflexiones presentadas a lo largo de este primer artículo, hay una que muestra su visión pesimista de la historia de Europa y la forma en que América, como lo fue en el siglo XVI para sus “abuelos”, se presenta como nueva tierra de promisión, como tierra de esperanza, que, por su juventud y su feracidad, encarnaba el futuro, a pesar de su “ingenuidad”:

Navegamos –escribe don Claudio reviviendo su travesía del Atlántico–: América a un lado y Europa al otro. ¡América, Europa! Palabras que, como corchos de botellas de champagne, aprietan, dentro de las dos gigantescas garrafas a que dan nombre, millares de ideas, de recuerdos, de esperanzas, de angustias, de ímpetus, de ilusiones. [...] ¡Europa, América! ¡El ayer, el mañana! Europa desgarrada en luchas civiles –sí, civiles–, Europa es, más que os pese, lector asustado, una unidad. América, joven, fuerte y un poco ingenua aún –perdón, americanos [...].¹¹

¹⁰ Claudio Sánchez Albornoz, “Roosevelt y Carlomagno”, en *ibid.*, pp. 9-16.

¹¹ *Ibid.*, p. 21.

El 19 de febrero de 1941 publicaba en *Los Andes* el artículo intitulado “De El Escorial a la Casa Blanca”, en el que hacía de nuevo el parangón entre el presidente norteamericano y un rey europeo, en este caso el propio Felipe II, dirigentes ambos de dos poderosos imperios cuyas respectivas residencias era los centros neurálgicos desde los cuales se gobernaba una parte no pequeña del mundo. Pero más allá de este ejercicio de vinculación entre el pasado y el presente, en estas páginas don Claudio afirmaba cuál era el sentido que otorgaba a su profesión de historiador: “investigo acerca del pasado y escribo de Historia por placer y por servir a España, contribuyendo, con mi esfuerzo, al renacimiento de su ciencia. Y si trato en la prensa de cosas de estos días, es simplemente por divertir mis estivales soledades mendocinas”.¹²

En cuanto a los textos dedicados exclusivamente a analizar la realidad contemporánea destaco el que da título al presente trabajo: “Ni wiski ni cerveza, mate”, publicado en *Los Andes* el 6 de marzo de 1941. En él, nuestro historiador hacía gala de su acendrada hispanidad, de su amor por los toros, por el chocolate con churros y por las formas de vida españolas. Y frente a ellas, don Claudio, hombre de mundo, pero desarraigado, manifestaba su menosprecio por ciertas manifestaciones culturales alemanas o anglosajonas que consideraba ajenas:

El poder militar de Alemania —escribe— durante el medio siglo que va de Sedán hasta Verdún ha difundido por el mundo el gusto por la cerveza, de abolengo germano, por la filosofía y por la música alemanas y por la moderna arquitectura berlinesa; y la fuerza y la riqueza de los Estados Unidos, de Wilson a Roosevelt, han extendido por doquier el insoportable jazz y los bailes de los negros y los antiestéticos rascacielos neoyorquinos.¹³

Y frente al nuevo orden mundial que podría surgir al final de la contienda, nuestro medievalista hacía notar que si América Latina quería hacerse con un lugar propio en el mundo de la posguerra, debía cuidarse mucho de no importar manifestaciones culturales y sistemas políticos que le eran ajenos: “cualquier pueblo —apunta—

¹² Claudio Sánchez Albornoz, “De El Escorial a la Casa Blanca”, en *ibid.*, p. 35.

¹³ Claudio Sánchez Albornoz, “Ni wiski ni cerveza, mate”, en *ibid.*, p. 70.

puede beber té o wiski, acudir a las carreras de caballos o a los encuentros de boxeo, escuchar el jazz americano o bailar la conga de los negros; pero cualquier pueblo no puede aceptar, muchas veces so pena de la vida, instituciones que van a maravilla a la idiosincrasia de otras naciones lejanas y distintas”.¹⁴ En consecuencia, la “América hispana”, que era considerada de nuevo como tierra “casi edénica, con abunda abundancia de todo, [de] bienestar, [de] libertad relativa [...]”,¹⁵ debía ser fiel a su tradición histórica, política y cultural hispana. Y tal herencia estaba representada para Sánchez Albornoz, ni más ni menos, que por la popular bebida argentina: “No poseo ninguna autoridad para aconsejar a nadie y menos a los americanos. Mas tengo aún voz en este confín del mundo hispano y quiero aprovecharla para decir a los amigos argentinos, acogedores y fraternos: Atención: ni wiski ni cerveza, mate”.¹⁶

El 15 de junio de 1941, cuando habían transcurrido seis meses de su arribo a Mendoza, don Claudio pensaba de nuevo en el futuro del mundo tras la guerra y aprovechaba para reivindicar la devolución del peñón de Gibraltar a España en el artículo “Gibraltar”. Hay que destacar el espíritu optimista detrás del texto, pues para el historiador el nuevo orden emergido en la posguerra sería una ocasión para reparar errores históricos y terminar con permanentes focos de conflicto. Naturalmente el antiguo ministro republicano no se planteaba la devolución de Ceuta y Melilla a Marruecos, pero el vínculo entre el pasado y el presente le permite afirmarse como historiador y como hombre de tendencias liberales:

El mundo asiste a la más dramática contienda que ha conocido la Edad Contemporánea. Y a una de las más decisivas de la Historia. Yo, historiador, me atrevo a compararla con los grandes acontecimientos del pasado de Europa. [...] No sería yo un hombre liberal y tolerante —me siento orgulloso de serlo y de legar a mis hijos, como la más preciada herencia que podré transmitirles en mi miseria de hoy, esas dos calidades— si no respetase todas las posiciones [...].¹⁷

¹⁴ *Ibid.*, p. 71.

¹⁵ *Ibid.*, p. 73.

¹⁶ *Ibid.*, p. 74.

¹⁷ Claudio Sánchez Albornoz, “Gibraltar”, en *ibid.*, p. 103.

El “yo” historiador que se afirma en la miseria de aquellos días es al mismo tiempo el vehículo que permite afirmar su “yo” demócrata y liberal y dar cauce a su intenso y profundo dolor a través del texto: “¿Cómo no he de comprender y de respetar —se interroga— la postura del español emigrado que ha perdido patria, hogar, familia, situación y vive miserable y humillado, en un rincón del mundo, alentado por un solo sentimiento: la esperanza?, ¿Cómo no he de respetar la postura del español que desea, con violencia, el triunfo de la libertad y la democracia?”¹⁸

Un último texto relativo a la percepción de Sánchez Albornoz sobre su propia época que quisiera resaltar es aquel publicado en el periódico *Los Andes* el 22 de junio de 1941 en el que critica que en Argentina no se enseñe la historia de España.¹⁹ Este trabajo llama la atención por dos cosas: primero, porque traslada el análisis de la realidad del ámbito internacional al ámbito nacional —casi local—, lo que denota un mejor conocimiento del país que lo ha recibido y, segundo, porque el texto, que es casi un reclamo, se convierte a la postre en una declaración de principios y en un texto programático que anunciaba la labor que realizó a lo largo de las cuatro décadas siguientes al fundar el Instituto de Historia de España de la Universidad de Buenos Aires dedicado al cultivo de la historia de su patria.

La argumentación que articula el texto es asimismo muy interesante. Comienza el autor reconociendo la calidad y el valor de la enseñanza tanto de la historia, como de los profesores que la imparten para hacer a continuación “un reproche” a sus “colegas argentinos” por haberse olvidado de que “la historia argentina está integrada por tres siglos de historia de España”, de que las raíces argentinas se encontraban “en las sierras y en los llanos de la vieja España” y de que “sus abuelos españoles habían realizado grandes hazañas antes de venir a América”.²⁰ Así pues, para nuestro académico de la historia la pobre cultura material de los pueblos originarios no era digna de ser tenida en cuenta frente a las creaciones como el acueducto de Segovia, la Alhambra o el Escorial:

¹⁸ *Ibid.*, p. 104.

¹⁹ Claudio Sánchez Albornoz, “Acerca de la enseñanza de la Historia de España en Argentina”, en *ibid.*, pp. 183-189.

²⁰ *Ibid.*, pp. 183 y 184.

3. *Ni wiski ni cerveza, mate*

Vuestros abuelos no son los indios —afirma el antiguo Rector de la Universidad Central— o lo son en muy reducida porción. Los héroes de vuestra nacionalidad, que veneráis con muy justo título y con cálida devoción, se llaman San Martín, Rivadavia, Sarmiento... Todos, todos fueron de pura cepa hispana. No fueron los indios sus abuelos. Sus abuelos hicieron algo más que pobres vasos de ruda cerámica o que toscos templos y primitivas esculturas. A los antepasados de San Martín, [...] se deben [...] el acueducto de Segovia, las iglesias asturianas, la mezquita de Córdoba y la Alhambra de Granada, [...] el alcázar de Toledo y El Escorial [...].²¹

Más allá del menosprecio por las culturas indígenas —culturas que estaba incapacitado para reconocer y valorar— Sánchez Albornoz apuntaba a una idea que le acompañó a lo largo de su vida: América debía reconocer su herencia hispana si quería comprender su propia historia y sus formas de vida política, económica, social y cultural. Naturalmente don Claudio, heredero del discurso histórico nacionalista decimonónico, partía de la idea de que España había civilizado y cristianizado al Nuevo Mundo y sus habitantes, pero, más allá de esa superioridad moral, no erraba al insistir en la necesidad de que Argentina en particular y las naciones americanas en general reconocieran su propia historia. En este sentido, puede afirmarse que a miles de kilómetros de su patria nuestro autor pudo reconocer elementos que le eran familiares —comenzando por la propia traza de la ciudad de Mendoza y sus famosos vinos— y hacer suya —apropiarse— la realidad americana.

Entre los ensayos estrictamente históricos rescato dos. El primero es aquel intitulado “Los baños y la historia de España”, publicado en el diario mendocino el 7 de abril de 1941. En él don Claudio se recrea, gracias a su profundo conocimiento de las fuentes medievales árabes y latinas, en la vida cotidiana durante la Edad Media peninsular y la importancia que tenían los baños en la cultura andalusí y la poca difusión que tuvieron en la “España cristiana”. En esa dilectación, encontramos una frase sumamente reveladora: “Me baño cada día. Claro que no soy guerrero sino profesor de historia medieval [...]”.²² El segundo es el que llamó “Historiadores musulmanes en destierro”, publicado en *La Prensa* el 30 de diciembre de 1941. En esta ocasión, nuestro profesor de historia se identificaba con los historiadores an-

²¹ *Ibid.*, pp. 185 y 186.

²² Claudio Sánchez Albornoz, “Los baños y la historia de España”, en *ibid.*, p. 99.

dalusíes más brillantes como Ibn Hazem, Ibn al Jatib o Ibn Jaldún, quienes como él “padecieron infortunios” a causa de los “tiranos”. Pero sería la figura de Ibn Hazem de Córdoba, polígrafo del siglo X, la que se le presentaría como más cercana, pues éste habría presenciado el “espectáculo de al-Andalus ensangrentado por las discordias intestinas” al punto de llegar a escribir —a decir de don Claudio— “una frase que no deberían de haber olvidado los españoles de hoy: *La flor de la guerra civil es infecunda*”.²³

Finalmente, de los diversos artículos dedicados a sus recuerdos de mocedad destaco aquel dedicado “A los estudiantes de la Universidad de Cuyo” que apareció en el diario *Los Andes* el 20 de julio de 1941 intitulado “De mi pasado estudiantil: Mérida”, consagrado a la memoria del arqueólogo y profesor de la Universidad Central de Madrid José Ramón Mérida (1856-1933). El texto se abría con una declaración personal: “No tiene ya remedio. He envejecido. Me asaltan a cada hora muchedumbre de recuerdos. En las soledades mendocinas mi pensamiento vuela raudo hacia el ayer”.²⁴ En este escrito, la memoria se convertía en la principal fuente de la historia y la evocación de los recuerdos estudiantiles permitía a nuestro historiador republicano combatir la soledad y conjurar el paso del tiempo. Así, recordaba las figuras de otros profesores que lo habían marcado como Ortega y Rubio o el propio Hinojosa; recordaba la figura de Mérida y sus excavaciones en “la heroica Numancia y la opulenta Mérida”,²⁵ sus clases sobre cerámica, inscripciones y monedas, las “terribles, largas, complejas, duras y disputadas pruebas públicas, más difíciles que la agregación francesa”,²⁶ para obtener la cátedra universitaria y la holgada vida universitaria, que contrastaba con su “miseria” argentina —aunque se hospedaba en el hotel más importante de la ciudad. También evocaba las “tardes inolvidables en que después de escuchar la palabra sencilla, pero luminosa y magistral, de Hinojosa, que nos hablaba de la organización social y política del medievo, un grupo de muchachos, con dos chicas camaradas, cruzábamos Madrid de punta a cabo, para trasladarnos desde el caserón jesuítico de la vieja Universidad hasta el Retiro”,²⁷ así como “los innumerables cafés de

²³ Claudio Sánchez Albornoz, “Historiadores musulmanes en el destierro”, en *ibid.*, p. 145.

²⁴ Claudio Sánchez Albornoz, “De mi pasado estudiantil: Mérida”, en *ibid.*, p. 148.

²⁵ *Ibid.*, p. 149.

²⁶ *Ibid.*, p. 151.

²⁷ *Ibid.*, p. 152.

Madrid” en los que los estudiantes de la madrileña Facultad de Filosofía y Letras gustaban “de las delicias que la vida brinda en los años mozos”.²⁸ Estos hermosos recuerdos se verían ensombrecidos por una reflexión suscitada por la evocación de las excavaciones de Mérida en Numancia:

Hoy, tras una vida, larga ya en experiencias, y ante el espectáculo de mi patria malherida, pediría otros secretos a esos fragmentos de cazuelas o de ollas numantinas. Les pediría, quizá. Que me dijese el porqué de la incoercible inclinación de los hispanos, que Pompeyo Trogro describe ya con estas palabras: prefieren la guerra al descanso, de modo que si les falta enemigo extraño lo buscan en casa.²⁹

CONCLUSIONES

Tras este somero recorrido por las páginas de los artículos periodísticos que Claudio Sánchez Albornoz publicó en los diarios argentinos *Los Andes* de Mendoza y *La Prensa* de Buenos Aires durante el año y medio que vivió en la ciudad andina podemos ofrecer tres conclusiones.

En primer lugar, debe destacarse la importancia de la experiencia vivida que es capaz de transformar los estados de ánimo y el alma de las personas. La experiencia de la guerra —que no vivió en carne propia en realidad—, de la muerte de su primera esposa, del refugio bordelés, de la separación de sus seres queridos, del viaje trasatlántico, de la adaptación a la realidad americana, de su soledad y de la propia incertidumbre sobre el final de la Segunda Guerra Mundial y su propio derrotero hizo del antiguo rector un hombre triste y pesimista, nostálgico y melancólico, pero que al mismo tiempo sabía conservar un halo de esperanza y las ganas de volver a su patria. En este sentido, el acto de escritura se convirtió en un medio terapéutico con el cual paliar la soledad y la nostalgia, en una vía para conjurar sus fantasmas y en un vehículo para dar sentido a los acontecimientos mundiales, a su propio derrotero personal, a la ruptura experimentada y a su cotidianidad en la nueva ciudad de acogida. De igual

²⁸ *Ibid.*, p. 154.

²⁹ *Ibid.*, p. 150.

manera, nuestro autor, que contaba en 1941 con 48 años, asumía en este acto de escritura el paso del tiempo transcurrido y es por ello que recuerda con viveza momentos de su infancia, de su adolescencia y de su vida estudiantil, recuerdos que, podemos presumir, le trasladaban a tiempos felices.

En segundo término, debe destacarse la importancia que el autor concedía a la historia como disciplina que tenía como función –tal y como lo había escrito Marc Bloch en su *Apologie pour l'histoire*– establecer relaciones entre el pasado y el presente. A partir de su formación como medievalista, del conocimiento de las fuentes y de los debates científicos, pero también de su experiencia personal como hombre académico, político y diplomático, Sánchez Albornoz buscaba explicar su propio tiempo a partir de dos escalas básicas de análisis: la mundial, donde el binomio Europa/América tiene un papel central, y el del mundo hispano, en el que el binomio España/América-Argentina se convertía en el principal eje argumental de la exaltación de la común herencia hispana –o, dicho de otra forma, de la Hispanidad– que le permitía reconocer elementos propios en suelo extraño. Por otra parte, este diálogo permanente entre el pasado (antiguo, medieval, moderno) y el presente le lleva a ofrecer reflexiones agudas sobre su presente y aventurar posibles resultados de la contienda mundial, aprovechando la libertad que da el ensayo periodístico y que no se podía permitir en sus trabajos académicos.

Por último, debe destacarse la omisión voluntaria de sucesos concretos de la Guerra Civil, de los problemas que presentó la República en los últimos meses de su existencia o, incluso, del propio Franco. Don Claudio, cuya familia residía en España, se cuidaba mucho de criticar al nuevo régimen e insistía únicamente en las consecuencias negativas de la Guerra Civil, apelando a las ocurridas en otros tiempos. En este sentido debe subrayarse que, habiendo sido una destacada autoridad universitaria y un hombre político de gran relevancia –diputado, vicepresidente del Congreso, consejero de Instrucción Pública, ministro de Estado, embajador– prefería definirse así mismo en su exilio mendocino no a partir de su “yo” político, sino de su “yo” historiador, es decir, como profesor universitario y como medievalista. Un “yo” académico, en fin, que se fusionaba sin problema con la reafirmación de su identidad hispana y el orgullo de su ser español que le acompañaría hasta la tumba.